

España y la Unión Europea: la política exterior española en la democracia

Marco Aguiriano Nalda

Secretario de Estado para la Unión Europea

Hace siete meses, preparando el primer semestre de 2019, que no sabíamos cuánto tiempo iba a durar para el actual Gobierno en funciones, el Presidente nos encargó al ministro Borrell y a mí hacerle propuestas sobre el lugar más idóneo para celebrar una cumbre de Estado entre Alemania y España. A pesar de mi origen vasco, me pareció una provocación proponer que se celebrara en Gernika; lo que sí se me ocurrió fue que se celebrara en Yuste, fijando su fecha el día 15 de abril, primero porque el 14 era domingo y segundo porque nos parecía que traer al Rey de España un 14 de abril al lugar en el que se retiró el último rey que abdicó en vida antes del padre de Felipe VI era demasiado. Otro de los motivos fue porque, para quien no lo conozca, a dos kilómetros de aquí hay un cementerio alemán, un lugar precioso e inspirador que nos recuerda que, entre otras cosas, el proyecto de integración europea nos ha llevado a 65 años de paz en el históricamente sangriento continente europeo. Finalmente, por las razones que todos conocemos (convocatoria electoral), esta cumbre no se celebró. En todo caso, estar aquí en Yuste, lugar de reunión para europeístas de corazón, y después de haber venido más de una vez a las entregas del prestigioso premio Carlos I de España y V de Alemania, es un verdadero placer y hace que uno se sienta como en casa.

El título de este Campus es ambicioso, rico, inspirador y potencialmente desarrollable y merecedor de ser llevado a las mesas de negociaciones de la Unión Europea. Los participantes son de altísimo nivel, asistiendo desde el ministro Borrell (me han comentado que ayer estuvo especialmente inspirado, cosa que no me sorprende), hasta los directores de las oficinas de Parlamento y



Comisión Europea en Madrid, pasando por numerosos expertos y expertas de la política comunitaria en sus diversas ramas, todos ellos buenos amigos con los que trabajamos en Madrid, Bruselas, Estrasburgo o donde corresponda según se vayan sucediendo las presidencias rotatorias de la Unión. Así que, una vez más, mi más sincera enhorabuena a los organizadores. Estáis haciendo, como siempre, un trabajo excelente.

Excelencia es, de igual modo, la que se le debe pedir a la Unión Europea. Y no sin razón. No es ninguna novedad decir como se ha dicho tantas veces desde España, que “España era el problema y Europa, la solución”, frase inspirada por el gran filósofo José Ortega y Gasset y utilizada casi tanto como la clásica de Antonio Machado de “caminante, no hay camino”. Y aunque con parte de verdad, era un cliché, puesto que ni todo lo malo está en España ni todo lo bueno está en Europa. Prueba de ello es el cuidado que debemos tener con el lenguaje: en numerosas ocasiones se dicen expresiones como “en Europa han decidido” o “desde Europa nos imponen” y esto no es correcto porque España también es Europa. Las decisiones se toman en Bruselas de forma conjunta. Esto se debe tener presente y ser motivo de orgullo.

La construcción del proyecto comunitario se ha enriquecido con la presencia española en diversos ámbitos: el concepto de ciudadanía europea, la creación de los fondos estructurales y de cohesión, ambos bajo los gobiernos de Felipe González, o por la colaboración de un ilustre compañero, Manolo Marín –que en paz descanse–, en la creación y el desarrollo del programa Erasmus, por citar solamente algunos ejemplos.

Desde hace treinta y tres años pertenecemos a la Unión Europea. En las últimas décadas se han conseguido muchísimas cosas que las generaciones más jóvenes suponen caídas del cielo, pero obviamente no lo son. No hay un estado natural de paz ni mucho menos existe un previo desarrollo de los conceptos básicos de libertad, protección social, seguridad sanitaria o excelencia académica.

Como decía Adam Smith, ¿para qué vamos a pedir a los ingleses que hagan un Oporto mejor que en Portugal? ¿O pedirles a los portugueses que se dediquen a tejer *kilts* escoceses? La filosofía europea es exactamente esto, poner en común lo mejor de cada uno de nosotros. Para proporcionar un ejemplo gráfico siempre cuento el ejemplo del número 82: este es el número de modelos de hélices que había en su momento para helicópteros en Europa. Si pudiéramos en común la investigación de cada uno de los países en esta materia nos hubiéramos limitado a producir 20 modelos a lo sumo, y seguramente entre ellos habría una quincena suficientemente eficaz, sólida y duradera para cumplir con todas las necesidades de cada uno de los Estados miembros. Pasar de 82 modelos a 20 implica en términos económicos un ahorro de un 400%. Fijaos cuánto se podría invertir en sanidad, investigación, modernización, digitalización, compensación interterritorial, prestaciones sociales, desempleo y un sinfín de supuestos.

Y esto solo con este ejemplo, que sumado a otros ámbitos juntos proporcionan innumerables razones de interés en la construcción europea.

Como os venía diciendo, Europa no se ha hecho sola, sino a partir de las contribuciones de todos los que la componemos: instituciones centrales que parecen a veces lejanas en Bruselas, como la Comisión y el Parlamento que tanto conozco. Aprovecho para alertar a aquellos que valoréis ir como becarios a una institución europea; así empecé yo y en vez de 5 meses me quedé 32 años.

Una distinción importante sobre la Comisión Europea que da buena cuenta de los avances democráticos que se han producido son los *hearings* que van a empezar en unas semanas, una vez Ursula von der Leyen sea sometida al voto de investidura (y supere en su caso) en el Parlamento Europeo. Los candidatos a comisarios tienen que comparecer ante las comisiones parlamentarias correspondientes para su aprobación. Se trata de un proceso serio. En las últimas ocasiones en que esto ha ocurrido varios candidatos han sido rechazados, varias carteras han sido modificadas por otras más afines a sus CVs o preparación.

Os invito a que comparéis estos ejercicios con otras democracias parlamentarias de nuestro continente para que comprobéis cuántos ministros, antes de entrar en el gobierno, son sometidos a interrogatorios en sus respectivos parlamentos nacionales. Y digo esto especialmente en relación con los ingleses y sus tabloides, porque probablemente dentro de unos días será elegido un nuevo Primer Ministro británico, Boris Johnson o Jeremy Hunt. Será el tercero que no ha

sido sometido a las urnas, después de John Major y Theresa May. Y será elegido única y exclusivamente por su grupo parlamentario y sus militantes. Que no nos digan que somos poco demócratas y estamos encerrados en despachos. No hay nada más vivo que el transparente *streaming* de las reuniones de las distintas instituciones comunitarias.

La Unión Europea no es, por otra parte, solamente política exterior. De hecho, muchos países han dado el paso de desligar al responsable gubernamental de la política europea de la cartera de exteriores, lo cual sucede porque Europa, en definitiva, es política interior de los 28 Estados miembros. Las decisiones que tomamos afectan cotidianamente a la vida de todos los ciudadanos europeos. Esto es importante saberlo y, si cada uno de vosotros ejercéis como narradores o relatores de lo que conocéis de la Unión, se provoca un fenómeno multiplicador o de bola de nieve imparable, que creo que merece el interés de absolutamente toda la ciudadanía.

Por mucho que la opinión pública se haya alejado en los últimos diez años de la construcción europea y que las encuestas de opinión hayan demostrado menor entusiasmo, incluso en España, hay que recordar que lo que estamos llevando a cabo no es una cesión de soberanía, lo que hacemos es compartirla para poder hacer las cosas conjuntamente de manera más eficaz. Algunos dicen que eso es lo necesario para poder llevar adelante la nave comunitaria, pero yo sin embargo prefiero el ejemplo de la bicicleta, porque la nave si se para sigue flotando, pero la bicicleta requiere seguir pedaleando para no caer. Así que, entre todos, vamos a hacer que esa bicicleta continúe avanzando. Por cierto, Jacques Delors, gran aficionado al ciclismo, siempre contaba que por la mañana primero leía *L'Équipe*, que es el *Marca* o el *As* español, y luego leía *Le Monde*, lo cual no impide, como vemos, ser un gran europeísta y hacer progresar las sociedades y la humanidad de su continente.

Es verdad que en los últimos años las cosas no han ido todo lo bien que nos gustaría, habiéndose producido lo que algunos llaman *policrisis*. Esta situación empezó con el rechazo francés y neerlandés al proyecto de Constitución europea, que posteriormente dio paso a un *patchwork* complicado llamado Tratado de Lisboa, pero que ha permitido avances importantes en el proceso de democratización. La sexta ampliación europea de 2004 con la adhesión de 10 nuevos países, junto con la ampliación del año 2007 y posteriormente la incorporación de Croacia, han complicado considerablemente la construcción europea. Además, la solicitud por parte de estos países de entrar a la OTAN antes que a la Unión demuestra cuáles eran sus intereses más inmediatos. Con ello se ha complicado considerablemente el proceso de decisión, y esto es obvio, no es lo mismo decidir 15 que decidir 28, sobre todo cuando se exige la unanimidad.

Asimismo, inmediatamente después estalló la crisis económica y financiera que duró 10 años en la Unión Europea, y mientras los estadounidenses pudieron resolverla en 5 años, en Europa todavía esperamos una mejor distribución en los bolsillos de las familias de los efectos de unas cifras macroeconómicas positivas. Retomando a Jacques Delors, tenemos una unión económica y monetaria inacabada mientras no se construya un presupuesto del euro y mientras no se implemente una garantía común de fondos de depósito que pueda servir de compensación. Tal y como señala el Presidente Sánchez, mientras no se instaure un seguro europeo de desempleo, fondos federales y facilidades crediticias de acceso flexible para todos los Estados miembros junto con sus empresas y autónomos, no podremos resolver en la mitad de tiempo la próxima crisis... que algún día llegará.

Desde luego, tenemos que entonar un *mea culpa*. No gestionamos esta crisis de la mejor manera. Intervinieron muchísimos autores de los cuales la mayoría impusieron una política de austeridad o, como algunos llamaban, “de austericidio”, a pesar de que otros estábamos convencidos de que se podría haber gestionado de otra manera, mezclando a su vez el rigor requerido por la situación con inversiones basadas en políticas keynesianas para ayudar a los que más padecían las consecuencias. Se suma, además, una crisis migratoria que la Unión tampoco ha sabido atajar eficazmente. En parte porque algunos países, olvidándose de los Tratados que han firmado con sus consecuentes obligaciones, afirmaban no acoger a nadie que no fuese blanco o católico en su territorio, violando de forma directa el artículo 2 del Tratado de la Unión. Ante este tipo de enfoques re-nacionalizadores en algunos países, junto con el iliberalismo que se ha venido desarrollando, la UE ha tenido que activar el artículo 7 del Tratado para garantizar los valores constitucionales contraídos. Estos mismos países también han sido los que han conseguido que la semana que viene sea sometida a votación como potencial presidenta de la Comisión Ursula von der Leyen y no Frans Timmermans, precisamente por la visible lucha de este a favor del respeto al Estado de Derecho.

La situación ha sido difícil de gestionar. Todos habéis podido comprobar cómo los diferentes Jefes de Estado y Gobierno han estado 30 horas sin dormir. Algunos, incluso, hemos caído dormidos en butacas de despacho mientras esperábamos el resultado de las negociaciones. En esta ocasión, hemos de admitir, entre socialdemócratas y liberales dominaba la conciencia general de que, después de que el mismo partido ejerciese la presidencia durante 15 años en la Comisión y 10 años en el Consejo Europeo, era necesaria la alternancia en las respectivas presidencias. La Canciller Merkel aceptó la situación, de la misma manera que en sus múltiples gobiernos de coalición, cada 5 años, proponía un comisario de un color político diferente. Y esto a pesar de que los de su propia

familia no la siguieron, situación que se ha convertido en un *vía crucis* difícil de gestionar para una Canciller que ya no es jefa de su partido y que seguirá ejerciendo sus funciones como máximo durante un año o dos más.

Esto ha creado desconfianza entre el este y el oeste, entre el norte y el sur, lo que se ha traducido en una desafección de la ciudadanía que, afortunadamente, no se ha trasladado a los resultados electorales del Parlamento Europeo. Los cuatro grupos parlamentarios fundamentales son las cuatro grandes familias políticas más proeuropeas de las últimas décadas, siendo minoritarias las formaciones extremistas con una reducida capacidad de influencia en la agenda comunitaria. Sin lugar a duda esto es buena señal, y nos hubiese gustado que esa aceptación por parte de Angela Merkel, entre otros actores, comprobado que ya no era suficiente una coalición entre demócrata-cristianos y socialdemócratas, se formalizase en el Parlamento, cruzándola a su vez con la Agenda Estratégica del Consejo Europeo, en forma de programa legislativo que desarrollar en la Comisión proporcionando un sistema más parecido a la propia vida política y parlamentaria de un gobierno de coalición en cualquier país del mundo; algo, en definitiva, más comprensible para el ciudadano.

En este escenario, recordemos la decisión del Gobierno sueco proponiendo por primera vez en la historia a un comisario o comisaria ecologista en el caso de que Timmermans hubiese sido nombrado presidente de la Comisión. Esto hubiera conllevado tener representadas a las cuatro grandes familias políticas europeístas en el Colegio de Comisarios, con diferentes personalidades en los



puestos de mando y un programa basado en lo que se quiere hacer y no dependiente de quién va a ser la persona que va a ocupar el puesto.

La Unión ha tenido y tiene que hacer autocritica sobre su gestión. Pero también debemos acordarnos de las cosas que se han hecho bien, especialmente para combatir las *fake news*. Cuando empecé como becario en el Parlamento Europeo tenía que desembolsar si quería venir a España y ver a mi familia unas 60.000 pesetas en el billete de avión. Hoy en día, buscando con un poco de tiempo, con 20€ se puede encontrar un vuelo, lo cual permite que se pueda recorrer el territorio europeo por muy poco dinero. Recuerdo también a un periodista que salió de España, cuando éramos 15 Estados miembros, con un billete de 1.000 pesetas que utilizó exclusivamente para cambiar de moneda cada vez que llegaba a un nuevo país. Al volver a Madrid tenía 300 pesetas. ¿Quién se quedó las 700 que faltaban? Esta es una de las virtudes del euro, por ejemplo. Como dice a menudo el ministro Borrell, ¿francamente creéis que la peseta hubiera resistido al euro? ¿Habría resistido cuando el mundo financiero internacional se lanzó, inspirado por Estados Unidos, contra nuestro poder bancario y económico? Otra prueba que todos conocéis es el programa Erasmus. También se han producido otras iniciativas, como la puesta en marcha del *Two-pack* o del *Six-pack*. Ambas palabras tan técnicas no son sino instrumentos que intentan anticipar y atajar la crisis económica para que no vuelva a dañarnos como lo ha hecho en el pasado. Todos estos son ejemplos de cosas bien hechas que no han caído del cielo.

Hace un año en una entrevista tuve la osadía de decir “*Spain is back*”. El otro día, al finalizar el Consejo Europeo, el presidente del Gobierno dijo: “España ha vuelto, España ha vuelto con fuerza”. Y es verdad. Me atrevo a decir que, en los 14 años anteriores a este Gobierno, y, como veis, estoy hablando de gobiernos con dos colores políticos diferentes, España ha estado bastante ausente, boxeando por debajo de su peso en la Unión Europea. Ahora estamos recuperando influencia y fuerza, que además nos están demandando por la deriva de determinadas circunstancias, como la marcha del Reino Unido o la situación del gobierno italiano junto con su sistema económico y bancario.

En el primer Consejo Europeo al que asistió Pedro Sánchez, Jean-Claude Juncker dijo (aviso de que no soy literal al cien por cien): “Yo estoy encantado, porque tenía a Alemania y a la Canciller Merkel, un gran país y un partido proeuropeo de centro derecha de toda la vida; tenía a Macron, un gran país, un partido de centro más o menos liberal, proeuropeo de toda la vida; y tenía al bueno de Antonio Costa, un gran país, de un tamaño considerablemente menor, representando a la familia socialdemócrata europea. Ahora tengo a Pedro Sánchez, este joven que habla inglés ha estudiado también en Bruselas, ha pasado unos años en el Parlamento Europeo, además ha tenido experiencia política en los Balcanes, conoce esto y le gusta; es el líder de un gran país, ahora el tercero

políticamente por la situación del Reino Unido y de Italia, y que representa a la socialdemocracia europea, la tercera gran familia tradicionalmente proeuropea de la historia. Si estos tres países y estos tres líderes no se ponen de acuerdo por lo menos en lo esencial, esto se irá al *carajo*".

Lo curioso es que, un año más tarde, después de las elecciones europeas, la primera delegación del grupo popular europeo es el partido de la señora Merkel, la primera delegación del partido de centro que ahora llaman Renew Europe es el partido de Macron y la primera delegación del grupo socialista y demócrata europeo es el partido de Pedro Sánchez. Así que lo que dijo hace un año Jean-Claude Juncker sí fue premonitorio.

Por tanto, y como venía diciendo, existe una clara demanda de España en Europa. Quieren que España proponga e influya. Quieren que, como hicimos durante tantos años, medemos, escuchemos y arbitremos dentro de la Unión. Necesitan que, como ha ocurrido otras veces, ofrezcamos buenas candidaturas. España acumula 3 presidentes en el Parlamento Europeo en menos de 20 años, a Javier Solana como primer Alto Representante y secretario general del Consejo de la historia, y ahora a Josep Borrell que, si el Parlamento lo confirma, pronto será nuestro nuevo Alto Representante para la Política Exterior de la Unión Europea, en un momento decisivo en el que Europa tiene que dar un salto cualitativo absolutamente necesario en un escenario dominado por el unilateralismo y proteccionismo reciente de nuestro tradicional amigo norteamericano, las presiones y presiones cada vez más extendidas de Vladimir Putin en su intento de recuperar zona de influencia y la pujanza de China tanto económica como geopolítica y financiera.

Por ello, es fundamental que hayamos acelerado la consecución de acuerdos comerciales multilaterales con, entre otros, México, Japón, India y Australia. Y por fin, después de 20 años, con el más importante: Mercosur.

Y por último está el Brexit. Después de tres años, todavía no han encontrado la puerta de salida normal ni la de socorro ni la ventana por la que poder saltar. Nadie les ha pedido que se fueran y, aun así, no se consiguen ir. Han votado 18 veces en el Parlamento y solamente en un par de ocasiones se han puesto de acuerdo en algo: por un lado, en impedirse a sí mismos ponerse de acuerdo sobre un Brexit sin acuerdo, y por otro, para que el Parlamento decidiese el proceso del Brexit sin el Gobierno.

En paralelo, todas las encuestas de opinión y eurobarómetros demuestran que en los países con posiciones históricamente más tibias respecto a la construcción europea (por ejemplo Dinamarca, Suecia o Irlanda) se ha incrementado en un 20% el grado de aceptación y satisfacción con respecto a la Unión Europea. Esto da buena cuenta de lo que ha venido sucediendo siempre: la lista de los que

quieren entrar siempre ha sido muchísimo más larga de aquellos que algún día pensaron que querían o podían salir fácilmente.

Los británicos han inventado los clubes de *gentlemen*, algo por otra parte muy machista. Pero en todo caso no se les ocurriría irse de un club llevándose la vajilla, los cuadros o parte de los muebles, y eso mismo es lo que han pretendido y siguen pretendiendo hacer con Europa. En esta línea, es indispensable recalcar lo fundamental: los 27 Estados Miembros se han mantenido unidos, coherentes y cohesionados para defender lo esencial sin olvidar en ningún caso las libertades y los valores fundamentales que fortificaron nuestra Unión.

Así que, si valoramos los últimos 65 años, o los 33 que lleva España integrada en la Unión, y queriendo aplicar un mínimo de objetividad, se comprueba que hay muchos más motivos de satisfacción que de quejas. Queda mucho todavía por hacer, por supuesto. En España ahora mismo, como bien sabéis, hay un gobierno en funciones que esperamos dure poco tiempo y pueda seguir trabajando. Hay una lección que también debemos aprender de Europa, en la que día a día populares, liberales y socialdemócratas europeos se sientan, acuerdan, deciden, actúan y ejecutan decisiones. Desde Europa, no entienden cómo en nuestro país todavía no ha habido movimientos razonables y suficientes que primen la estabilidad de un gobierno en una proyección temporal suficientemente amplia, lo cual requiere sentarse a hablar, negociar y entender al otro. Requiere también de pactos y de enriquecer el debate, lo cual posiblemente conducirá a mejorar las soluciones. En definitiva, de Europa tenemos que aprender a encontrar mecanismos que permitan cerrar definitivamente y con éxito un capítulo de nuestra historia, dejando atrás para siempre el trauma de “las dos Españas” y cambiando por fin el cainismo aún dominante en la esfera política.

Por todo lo citado nuestro corazón y nuestra cabeza están con Europa, desde los inicios hasta la actualidad, sin olvidar en ningún caso, por supuesto, a nuestra ciudadanía. ■

